Cuentos Chilenos de Fantasía: Antología 2010-2012
Primera edición: mayo de 2013
Tiraje: 100 ejemplares

Dirección: Hellis Leiva F.
Compilación: F. A. Real H.
Diagramación: Valentina Vásquez A.

Ilustración portada: Joyce Maureira Z.
Diseño de portada: Guillermo Cortés M.
Impresión: Andros Impresores Limitada

ISBN: 9789569183027
Registro propiedad intelectual:
Todos los derechos reservados.

© Colectivo Literario Fantasía Austral
http://www.fantasiaustral.cl
© Editorial Tabula Rasa Limitada
Huérfanos 1160, of. 1004, Santiago de Chile
http://www.tabularasa.cl

Cuentos Chilenos de Fantasía*: Antología 2010-2012*

EL PESO DE LA MAGIA

Paula Rivera Donoso

Aiden llegó a la Orden con ese típico rostro que traían los jóvenes de su edad en su primer día: suave por el roce prolongado con la almohada en la noche y fresco por el contacto húmedo de los manantiales en la mañana. Pero en la expresión del chico había además una suavidad y una dulzura distintas, que Denmas no tardó en distinguir entre cientos de caras lozanas.

Era la primera vez en mucho tiempo que el Mago se sentía identificado con un pupilo en específico cuando, a esas alturas, para sus añosos ojos todos los muchachos eran una misma masa intercambiable. «Ya descarnados, todos los esqueletos son iguales», decía en voz alta el viejo cuando le solicitaban cada año que eligiera a sus discípulos. Tenía que hallarse completamente solo en su torre de descanso para atreverse a continuar el lema, casi murmurando: «¡Pero cuánto más firmes y bellos parecen los de aquellos que nunca sostuvieron el peso de la magia en sus huesos!».

Por supuesto, los muchachos que ese año estaban con sus ansiosos rostros en fila, esperando el dictamen de la Orden, consideraban un desafiante honor cargar con ese fardo. Cuando alguien podía rendirse ante los encantos del sueño de ocho horas cada noche y espantarlo con agua cada mañana, todo parecía posible. Las leyendas de las proezas de los Magos dejaban de pronto de esconder un latigazo de dolor entre los sustantivos más duros, y sólo los adjetivos altisonantes parecían tener sentido en sus impresionables mentes.

Aiden no era la excepción en su promoción. Baste con decir que le entusiasmaba más la idea de echarse encima el peso de la magia antes que el de una mujer, aunque en realidad no conocía ninguno de los dos. Pero había algo más en él que ninguno de los otros muchachos tenía, algo que Denmas sólo vino a descubrir tiempo después de que se decidiera a tenerlo como discípulo: su noble naturaleza.

El chico tenía verdadera voluntad por aprender magia, no para aprender a pavonearse de su aprendizaje, como sucedía con la mayoría de los Magos, novatos o no. Sinceras eran sus alegrías al conjurar con éxito un hechizo, por más inútil e insignificante que fuese dentro de los grimorios, y sinceras sus desilusiones al fallar en sus efectos. Aiden no prestaba ojos ni oídos a las muestra de alabanza o reproche de sus pares, y sólo atendía las del viejo Denmas, por ser las únicas que podían conducirlo a la superación.

La relación entre el anciano y el chico era similar a las de ya tantas historias entre maestro longevo y aprendiz juvenil. La gran diferencia era que Denmas no tenía sabiduría alguna. Las malas lenguas hablaban de que la había perdido contra un Mago Oscuro de

temer, o en el hondo pozo sin fondo que había en el corazón de su primer y prohibido amor, pero la verdad era mucho más trivial y menos legendaria. Pero claro, los Magos no tenían ojos ni oídos para nada que fuese trivial o menos legendario de lo que esperaban.

Denmas había perdido su sabiduría de Mago como quien pierde su última moneda en un bolsillo roto. La gente no habría podido entender cómo un Mago podría permitir que su bolsillo se rajase, pero lo cierto es que ninguno sabía siquiera cómo zurcirse un calcetín. Como fuese, a Denmas le gustaba usar esa metáfora para referirse a su pérdida por ser justamente trivial y poco legendaria. No le habría faltado alguien en el camino que, por unas pocas palabras raras sin sentido y unas chispas de colores inútiles, podría haberle cosido el bolsillo deshilachado. Eso ya había pasado muchas veces antes, a cada decepción o fracaso moral en la vida del hombre, pero Denmas estaba determinado a que esa fuese su última vez. No se preocupó ya de buscar ayuda ni consuelo ante su descalabro. Simplemente dejó que el bendito bolsillo se abriera de una vez, y que lo que tuviera aún adentro cayera para siempre en medio del sendero, como una huella abandonada.

Eso resultó ser su sabiduría. Y, con ella, también su alegría y su coraje. Su esperanza.

Denmas estaba cansado. Pero su cansancio iba más lejos que el hastío natural de los años que se le arrugaban en la piel, así como la suavidad y frescura de Aiden nacían de algo más que de su juventud reposada.

Denmas estaba cansado de la vida y del mundo. Cansado de esas vidas mediocres y ese mundo condescendiente que les permitía seguir existiendo. No

había nada puro ni importante en la Magia. No importaba cuánto polvo acumularan los grimorios ni la cantidad de pulsaciones y colores que pudiesen emitir los hechizos más potentes, si ni siquiera servían para aprender a zurcir un calcetín.

La Magia, según decían, se ocupaba de los «grandes temas». Por eso los Magos debían pasar por un riguroso y prolongado proceso de selección y entrenamiento, que pudiese capacitarlos para hacer de sus conjuros de magia una manifestación concreta de su sabiduría y sus buenos deseos hacia la humanidad. A esas palabras Denmas le había apostado su miserable capital de juventud al entrar a la Orden. Tal vez, ahora que lo pensaba, lo que en verdad lo había movido a elegir a Aiden como discípulo era lo mucho que el desgraciado se parecía a él de joven: la misma sonrisa bobalicona y bienintencionada; la inocencia de quien no conoce nada y por eso cree en todo, no la de quien, aun conociéndolo todo, se atreve a creer al menos en algo.

Con el tiempo, Denmas había comenzado a cambiar. Su talento natural para la magia de curación lo había destinado más tiempo a las aldeas que a la torre de estudio, permitiéndole conocer cómo era el mundo real. Ese mundo en el que no había cabida para pensar en los «grandes temas», porque su gente estaba demasiado ocupada buscando comida y abrigo para sobrevivir el día y, sobre todo, la noche.

Entonces fue cuando Denmas conoció la estupidez de la Magia. De nada le sirvió hablar de su importancia y sus virtudes para la humanidad: sus palabras, bellas a sus propios oídos, sonaron pretenciosas y huecas para esas personas. Desesperado, Denmas terminó

por descubrir que había más sentido en el monosílabo «pan» que pronunciaban los niños medio muertos de hambre al ver una hogaza que en todas las leyendas de la Orden.

Y Denmas comprendió. Y en esa comprensión decidió extraviar poco a poco su sabiduría, ese puñado de monedas que no tenían ningún valor, porque no podían saciar el hambre ni la sed cuando el cuerpo sucumbía, ni abrazaban cuando era el corazón el que lo hacía. Monedas extranjeras que nadie conocía y que nadie podía intercambiar por otras, las que en verdad eran válidas.

Pero, ¿cómo explicarle todo eso a Aiden? El chico no tenía la ignorancia de la egolatría ni de la ambición, sólo la de la peor de las inocencias: la verdadera. Denmas se imaginó con pesar las tardes que el muchacho emplearía en intentar descifrar lo que sin duda le parecería un acertijo, si se animaba a contarle lo del bolsillo. En su lugar, el Mago optó por enseñarle las escasas cosas prácticas que había ido aprendiendo con el tiempo, como primera etapa. Sólo el día en que el rostro de Aiden sonrió de igual forma al conjurar un hechizo difícil que al zurcir correctamente un calcetín, Denmas supo que había llegado el momento.

—Si pudieras llevarte algo, una sola cosa, en el bolsillo de tu túnica a un viaje sin rumbo, ¿qué llevarías?

Aiden se detuvo unos instantes a pensar. Era fácil tomarse el tiempo estando dentro de las acogedoras estancias de la Orden, pensó Denmas. El único peligro era que el cerebro se recalentara un poco, pero nada que una fresca bebida no pudiera solucionar.

—Mi integridad —respondió al fin el chico.

—¿Es que tu integridad cabe en un bolsillo?

—¿Por qué no? —Aiden parecía confundido—. Sólo basta conservar un poco de integridad para luego recuperarla completamente.

Era una buena respuesta, se dijo Denmas. Seguramente otro Mago la habría alabado. Pero no él.

—¿Y a qué sabe tu integridad?

—¿Cómo…?

—Quiero decir… Puesto que has elegido llevártela a un viaje sin rumbo, en algún momento sentirás hambre. O sed. O frío, o calor. O malestar. ¿Para qué sirve tu integridad?

—Para… Para mantenerme firme.

—¿Mantener firme qué? ¿Has sentido alguna vez hambre, Aiden? ¿O sed? ¿O frío, calor, malestar…?

—Sí.

—Me refiero a *verdadera* hambre… *Verdadera sed*. Me refiero a estados que no puedas solucionar con sólo caminar un par de metros hacia la despensa o hacia las salas de reposo. ¿Cómo podría solucionar tu integridad eso? Cuando el hambre, la sed, el frío, el calor o el malestar dobleguen tu cuerpo y tu espíritu.

El muchacho guardó silencio.

—Te tengo una tarea, Aiden. Es, quizá, la tarea más importante que se le haya encargado a Mago alguno.

Los ojos del muchacho brillaron, pero no tan intensamente como antes; era una buena señal, pensó Denmas.

—Desde que te tomé como pupilo, supe que eras distinto a los otros. Tú de verdad crees en la Magia, o en lo que te han dicho sobre ella. Yo no pienso ni siento como tú. Para mí, la Magia es una mentira, un estandarte para los cobardes y los egocéntricos.

Yo mismo soy un cobarde y un egocéntrico por no atreverme a desertar a tiempo de esta locura.

Denmas tomó una pausa para ver el efecto de sus palabras en Aiden. El chico tenía una expresión de sorpresa, pero no de espanto. Era una excelente señal.

—Pero quizá yo me he equivocado. Por ello, me he preguntado si habrá alguien que pudiera demostrarme que esto no es así. Que existe otra concepción y función para la Magia que esta Orden pudrió en el tiempo. Y creo, Aiden, que tu espíritu tiene la fuerza suficiente como para intentarlo. ¿Qué me dices? No hagas esto para complacer a tu maestro (porque de hecho tu victoria será mi derrota), sino porque así lo desees.

Aiden se detuvo nuevamente unos instantes, pero ahora fue para ordenar sus ideas, no para pensar en su respuesta.

—Quiero hacerlo, maestro. En realidad, si ingresé a la Orden fue justamente para fortalecer mi propia visión de la Magia frente a la arrogante que sostienen los Magos. Y fue por eso también que lo acepté a usted como mi maestro. Usted no cree en nada, ni en la Magia como la veo yo ni en la Magia como la ven ellos: es neutro.

»Por eso lo respeté siempre, y ahora le confieso mi admiración y cariño por su disciplina, porque ahora comprendo lo que significa que me confíe esta tarea. Quiero que recuerde mis palabras: no fallaré. Le demostraré que la Magia tiene un sentido para el mundo, el mundo que está allá afuera.

No hubo muchas más palabras luego de ese discursillo, pronunciado con una voz que nunca había abandonado del todo esa claridad de la pre-adolescencia.

Denmas contempló atentamente a su pupilo por última vez antes de su partida, descubriendo de pronto lo joven que era todavía. El otro descubrimiento, que él también había llegado a apreciarlo, prefirió dejarlo caer también por el hueco que había dejado su bolsillo roto, que cada noche se rajaba un poco más.

* * *

Y Aiden conoció el mundo real.

Salió de la Orden sin más provisión que su integridad, tal y como había dicho, y eso le pesó los primeros días… O, mejor dicho, las primeras horas. La integridad no sabía a nada, ni refrescaba ni abrigaba. Menos abrazaba.

Lo primero que Aiden conoció fue la inutilidad del llanto. Que las lágrimas fluyeran era otra cosa muy distinta, y aun eso era algo ridículo, porque hacía escocer los ojos y una vista descansada permitía ver si el peligro acechaba en la distancia.

No vamos a adentrarnos demasiado en cada una de las cosas que Aiden fue descubriendo en su nueva existencia; al fin y al cabo, ninguno de nosotros es Mago y sabrá a qué nos estamos refiriendo cuando decimos «tristeza», «soledad», «ternura», «olor a pan», «viento nocturno» o «espantar moscas», entre otras.

Sí habría que detenerse en algunos descubrimientos específicos.

Aiden, el inocente, comprendió un día que el amor no era más que eyacular fuera de las piernas de las putas más nuevas. O que la felicidad también podía

ser ese trémolo suspiro que lanzaban las jovencitas violadas al verles llegar al fin la sangre, nunca mejor recibida que entonces. Incluso, que en los juegos de guerra de los niños podía haber mucha más crueldad que en un campo de batalla real.

Descubrió que nadie iría a levantarlo del suelo al que caería si se rendía ante el alcohol, pero a la vez que no podría comprender el sentido de la resistencia si nunca llegaba a besar el suelo sucio de su propio vómito. Asimismo, que no había espacio ni tiempo para pensar de sobra en nada, porque una demora innecesaria bastaba para introducir una carta marcada o para colocar el golpe o cuchillada letal.

Y sin embargo, tampoco podemos dejar de mencionar que Aiden también descubrió que a veces bastaba la risa de un bebé para motivar los más grandes sacrificios en sus padres. O que la amistad podía hallarse entre el abrazo de dos machotes que hubieran empatado en un duelo a puñetazos. En fin: que la palabra «pan», pronunciada por un niño medio muerto de hambre al ver una hogaza, tenía más sentido y valor que todas las leyendas de la Orden.

Tuvieron que pasar los años para que estas convicciones se desmoronaran, así como se desvanecían los músculos y la dureza del espíritu al acercarse a la adultez media. Ahí vinieron los otros descubrimientos: que el hambre, la sed, el frío, el calor y los malestares eran soportables en la juventud, pero que a cierta edad se hacían insoportable. De pronto, los nudillos crujían. De pronto, el cuerpo no conseguía mantenerse de pie ante sólo unos vasos. Y el tedio y la desesperanza se apoderaban del corazón, con su propio peso a cuestas.

Una noche helada, de esas que hacían doler huesos y órganos de existencia antes ignorada, Aiden se encontró a sí mismo gastando sus últimas monedas en una cerveza. Estaba a punto de tomársela cuando se le acercó una puta que el único deseo que despertaba era el de apartarla. Aiden estaba a punto de retirarse cuando notó que la mujer parecía muy enferma, llena de llagas y erupciones.

Sífilis.

Esa palabra extraña, que Aiden alguna vez había leído como una de las enfermedades malditas en volúmenes de restringido acceso en la Orden, ahora tenía vida. Ya no era un simple malestar que entrañaba un interesante desafío para el Mago que deseara aliviarlo, sino una mujer llagada y destruida.

A Aiden no le costó mucho convencerla para que se le acercara. Era la primera vez que se disponía a hacer magia luego de su partida de la Orden, pero el hombre recordó de pronto todo lo que allí había aprendido.

Entre ese conocimiento, sin embargo, no había nada que pudiera sanar la sífilis.

Aiden miró los ojos de la mujer; habrían sido hermosos si no estuvieran carcomidos por la fiebre y la demencia de la enfermedad. ¿Cómo se habría vuelto puta? ¿La habrían obligado por su belleza, como era habitual? ¿Y quién la habría contagiado? ¿Cuánto tiempo de vida le quedaría? ¿A cuántos habría infectado en su desesperación, que quizá sólo nacía de la necesidad de una caricia antes que de seguir ejerciendo su oficio? ¿Habría tenido algún sueño alguna vez?

Aiden sintió que el pecho se le encogía. Su poder mágico era capaz de hacer volar la taberna entera en

medio de torbellinos y de matar entre llamas a todos esos borrachos. Estaba seguro que, de haber permanecido en la Orden aprendiendo a su ritmo, habría podido hasta salvar el mundo. La Magia podía hacer todo eso, y sin embargo no podía sanar a una pobre puta sifilítica que habría podido tener la mirada y los sueños más dulces que Mago alguno jamás pudiese conocer. Era ridículo.

Cruelmente ridículo.

Aiden supo entonces que había llegado al final de su misión y que debía comunicarle la respuesta que había encontrado a su antiguo maestro. Antes de irse, sin embargo, le regaló su cerveza a la mujer: era la única felicidad que ella conocería.

* * *

Denmas estaba al borde dela muerte. En realidad, desde la partida de Aiden, siempre lo había estado. Decían que sólo la esperanza de verlo otra vez lo había mantenido con vida, pero lo cierto era que el pobre viejo era casi un cadáver que tenía tanto éxito en contener su espíritu en la carne como el cuenco de una mano un poco de líquido.

Aiden halló además la sorpresa de que Denmas estaba en plena senilidad. Los Magos le dijeron que no tenía caso hablarle, porque ya no conocía a nadie ni entendía nada. Claro que ellos pensaban que la decadencia del viejo había empezado de mucho antes, así que Aiden no les hizo caso y entró a la sala donde el anciano reposaba sus últimas horas.

—Maestro, he vuelto.

—¿Qué…? ¿Maestro de qué?

—Soy Aiden, maestro Denmas. Soy el único pupilo que usted tuvo en mucho tiempo. Usted me mandó hace veinte años a conocer el mundo, para que pudiera demostrarle que la Magia tenía un sentido para el mundo.

—La Magia… El mundo… —los ojos lechosos de Denmas pestañearon y de pronto se llenaron de color—. Sí… Aiden… Has vuelto, hijo…

La mano encallecida de Aiden estrechó la de su maestro, apenas un pellejo arrugado y débil.

—Y dime… ¿pudiste hacerlo? ¿Conociste el mundo…? ¿Es la Magia…? —Una tos seca oprimió el pecho de Denmas—. ¿Es la Magia… algo verdadero?

Aiden se detuvo, como tantas veces lo había hecho antes. Pero en esta ocasión la pausa estaba colmada de destino. Pensó en contarle a Denmas que había fracasado, que la Magia era falsa y estúpida, que podía salvar al mundo y al mismo tiempo ignorar el dolor de una mujer inocente, arrastrada a la corrupción y la podredumbre mientras los Magos jugaban a dibujar chispas en la noche. Pensó también, tras ver la mirada desesperada del anciano, en mentirle y decirle que sí, que la Magia era verdadera, que había podido sanar y ayudar a mucha gente con ella.

Pero Denmas le había pedido la verdad y él le contestaría con la verdad.

—La Magia es verdadera, maestro, pero es insuficiente. Hoy la controlan quienes no tienen idea de cómo es la vida real, la vida en el mundo. No es culpa de la Magia misma, sino de quienes la orillan por cauces demasiado estrechos, por rutas que no le

corresponden. La Magia hoy es una puta sifilítica que podría haber sido una mujer sana, maestro.

»Pero la puta está perdida; la Magia no. Aún podemos rescatarla de sí misma, Maestro. O, mejor dicho, rescatarla de aquello en la que la han convertido. Y yo quiero hacerlo. Quiero volver a los caminos y descubrir el rostro sin afeites de esa Magia. Quiero hacerle el amor como un amante y no pagarle por sexo como un degenerado. Quiero que sea la madre de mis hijos y la dueña de mi hogar. Quiero echarme a la Magia encima y sentir su peso. Y para eso tengo que convertirme en un hombre, no en un Mago.

Denmas asintió, con los ojos llenos de lágrimas, y Aiden supo que el anciano, más allá de su senilidad y su desesperanza, entendía sus palabras.

—Ya lo eres, hijo… Un hombre… y también un Mago… Y yo creo en ti…

No volvieron a salir más palabras de esa boca, que años atrás había pronunciado los conjuros más potentes. Pero eso ya no importaba. Su última frase tenía más poder que cualquier conjuro; era, en sí misma, Magia.

Aiden se marchó sin despedirse y los Magos de la Orden tampoco le dijeron nada, en realidad porque no tenían nada que decirle.

Aiden caminó rumbo al primer pueblo que se le ocurrió, pero a media ruta tuvo que detenerse. Unos sollozos que quemaban más que el hielo lo hicieron caer de bruces. Su rostro se ocultó entre sus manos, vencido por el peso de lágrimas que le punzaban desde el reverso de los ojos.

Sólo entonces Aiden conoció el peso de la Magia.